

puertos de Muhlendorf, Neu-Éttinga y Braunau. Dejando unos veinte mil hombres, entre bávaros, wurtembergueses y emigrados de Condé, para disputar á los franceses el Inn, proponíase tomar la ofensiva con setenta mil austriacos, encaminándose contra la izquierda de Moreau por aquella comarca medio selvática y medio pantanosa que se extiende entre el Inn y el Isar, cerca de los puntos donde éstos se mezclan con el Danubio. Si el joven archiduque atravesaba rápidamente aquella intransitable comarca por Eggenfelden, Neumarkt y Vilsbiburgo, y llegaba á tiempo Landshut sobre el Isar, podía dirigirse por el Isar arriba sobre nuestras espaldas hasta Freisinga, pasarle en la misma Freisinga y encaminarse luego hacia una cadena de alturas que empieza en Dachau, y que domina la llanura de Munich. Colocado en esta posición, amenazaba terriblemente á la línea de retirada de Moreau y le obligaba á desamparar el país entre el Inn y el Isar, y á atravesar á Munich apresuradamente para tomar una posición retrógrada sobre el Lech. Mas para asegurar el éxito de semejante maniobra, era preciso tener bien meditados los medios de ejecutarla; y una vez empeñado en ella, era menester gran fuerza de carácter para arrostrar los peligros á que pudiera dar origen, porque había que recorrer un país casi intransitable en una estación malísima y dando continuamente el costado á un enemigo que si bien no era activo ni atrevido, era sí inteligente, firme y difícil de turbar.

Las tropas de ambas naciones estaban en movimiento desde el 26 y 27 de noviembre (5 y 6 frimario) para comenzar las hostilidades el 28 (7 frimario). El general austriaco Klenau, situado sobre el Danubio para sostener á Simbschen contra el escaso ejército de Augereau, había llamado la atención del general Sainte-Suzanne, que mandaba el 4.º cuerpo de Moreau, y desviados uno y otro del principal teatro de los acontecimientos, estaban ambos sobre el Danubio, el general Sainte-Suzanne hacia Ingolstadt y el general Klenau hacia Ratisbona.

Moreau había llevado su ala izquierda, que se componía de veintiséis mil hombres, mandada por el general Grenier, á la carretera de Munich á Muhlendorf, por Hohenlinden, Haag y Ampfing, haciendo ocupar los declives de aquella especie de mesa que se extiende entre los dos ríos. El centro que mandaba él en persona y que ascendía á unos treinta y cuatro mil hombres (1), ocupaba el camino directo de Munich á Wasserburgo por Ebersberg. El ala derecha, mandada por Lecourbe, de unos veintiséis mil hombres, estaba situada á lo largo del Inn superior, en las cercanías de Rosenheim, observando al Tirol con una división. Por consiguiente, Moreau no tenía á su inmediación más que la izquierda y el centro, es decir, unos sesenta mil hombres con corta diferencia. Puso en movimiento á su ejército para hacer un gran reconocimiento desde Rosenheim hasta Muhlendorf y obligar al enemigo á descubrir sus intenciones; pero no sabiendo como el general Bonaparte adivinar los planes de su adversario ó dictarlos por sí mismo, tomando atrevidamente la iniciativa,

(1) El centro se componía de treinta mil hombres, pero la división polaca de Kniacewitz que se había reunido con el general Decaén, y la reserva de artillería, debían hacerle ascender á treinta y cuatro ó treinta y cinco mil combatientes. (N. del A.)

se veía reducido á no hacer más que tentativas para descubrir lo que no sabía ni adivinar ni disponer. Iba, pues, avanzando con prudencia, y si llegaba á ser sorprendido, reparaba pronta y serenamente el daño de la sorpresa.

Gastó el ejército francés los días 29 y 30 (8 y 9 frimario del año IX) en explorar la línea del Inn, y el ejército austriaco en atravesar esta misma línea y la tierra baja entre el Inn, el Danubio y el Isar. Obligó Moreau á replegarse á las avanzadas austriacas, movió su derecha con Lecourbe hacia Rosenheim, su centro, que él mismo mandaba, hacia Wasserburgo y su izquierda con Grenier por las alturas de Ampfing. Desde éstas se dominan, aunque muy de lejos, las riberas del Inn. La izquierda del ejército francés estaba un tanto comprometida, pues por querer seguir las sinuosidades del Inn hasta Muhlendorf se encontraba á quince leguas de Munich, cuando el resto del ejército sólo restaba diez. Por eso Moreau tuvo la previsión de sostenerla con una división del centro, mandada por el general Grandjeán. Pero era desde luego erróneo el adelantarse de aquel modo en tres cuerpos tan distantes unos de otros, y el no llegar hasta el Inn en masa, presentándose delante de una sola embocadura, sin perjuicio de hacer amagos por otras varias. Este yerro estuvo á pique de producir muy fatales consecuencias.

El ejército austriaco había pasado por Braunau, Neu-Éttinga y Muhlendorf, y atravesado el país bajo que hemos mencionado ya. Una parte de las tropas del archiduque, recién llegadas, apenas habían tenido tiempo para tomar descanso. Encaminábanse penosamente por aquella comarca unas veces poblada de bosques y cortada otras por ríos pequeños como el Vils, el Rott y el Isen, que bajan de la mesa que ocupaba el ejército francés. Los senderos por donde había que pasar estaban destrozados, y el acarreo del material no podía hacerse sino con los mayores esfuerzos y trabajos. El joven archiduque y sus consejeros, que no habían previsto ninguno de estos accidentes, cobraron miedo á la empresa después de comenzada. Teníanla con cuidado nuestra ala izquierda, que se había adelantado hasta cerca de Ampfing y Muhlendorf, y temieron verse separados del Inn. Habían querido adelantarse á Moreau y ahora tenían miedo de ser ellos sorprendidos. Debieron haber previsto este peligro, y combinar sobre el Danubio, entre Ratisbona y Passau, una nueva base de operaciones para el caso en que se viesen interceptados y separados del Inn; pero nada de esto hicieron. En toda operación atrevida es preciso prever primero las dificultades de su ejecución, y después de comenzada perseverar con tesón y firmeza en lo que se ha resuelto, porque rara vez deja uno de verse expuesto á las mismas contingencias á que se propone sujetar á su adversario. El estado mayor austriaco desde los primeros pasos se sobrecogió y se asustó de la empresa que había proyectado, y cambió súbitamente de plan. En vez de insistir en tomar el Isar para subir por él á nuestra espalda, se detuvo de repente y pensó revolverse sobre nuestra izquierda para presentar al punto la batalla. Era esto acometer la dificultad de lleno, porque al subir la corriente de aquellos ríos había que trepar á las alturas que ocupábamos y penetrar después en el bosque donde hacía tiempo estábamos situados. Al princi-

pio podía lograrse cierta ventaja sobre nuestra izquierda, un tanto comprometida; pero después de conseguido este efímero triunfo, se daba con nuestro ejército reconcentrado en un verdadero laberinto, cuyas salidas todas sabía y ocupaba.

En efecto, el 1.º de diciembre (10 frimario del año IX) condujo el archiduque Juan la mayor parte del ejército sobre nuestra izquierda por tres caminos á la vez: el valle del Isen, la gran calzada que va desde Muhlendorf á Ampfing, y por último el puente de Kraiburgo sobre el Inn. El valle del Isen, que empieza en los costados de la mesa selvática que describimos antes, permitía envolver la posición demasiado extendida en nuestra izquierda. Subía por él un cuerpo de quince mil hombres, y otro marchaba rectamente por la carretera de Muhlendorf, que después de subir por las alturas de Ampfing, conduce, atravesando el bosque, hasta Hohenlinden y Munich. Por fin, otro destacamento atravesando el Inn en Kraiburgo y pasando por Aschau, cogió por el flanco á nuestra ala izquierda, que por desgracia se había adelantado sola hasta Ampfing. Iban en aquel momento á encontrarse veintiséis mil hombres con cuarenta mil.

Fué, pues, la jornada precipitada y dificultosa para los veintiséis mil hombres que mandaba el general Grenier. Ney, que defendía las alturas de Ampfing, hizo alarde allí del incomparable vigor que le distinguía en la guerra. Hizo prodigios de valor, y consiguió retirarse sin descalabro ninguno. Amenazado por el cuerpo que había pasado el Inn en Kraiburgo y que penetraba por el desfiladero de Aschau, fué afortunadamente socorrido por la división Grandjeán, que Moreau, según hemos dicho anteriormente, había destacado de su centro para que apoyase su izquierda. La división de Legrand, que ocupaba el valle del Isen, subió por él retrocediendo hacia Dorfen. Moreau, viendo la superioridad de los austriacos, resolvió cuerdamente no empeñar una batalla y dispuso su retirada con el mayor orden.

Resultado de estos primeros movimientos, que Moreau no había sabido penetrar los proyectos del enemigo, y que avanzando sobre todos los desembocaderos del Inn á la vez en lugar de dirigir un ataque sobre un solo punto, había dejado comprometida á su izquierda. Todo lo reparó en verdad el valor extraordinario de sus tropas y el denuedo y firmeza de sus lugartenientes, que eran en la práctica generales consumados.

Pero aquello no era más que un preludio insignificante. Moreau había abandonado los accesos de su posición, retirándose al centro de la vasta selva de Hohenlinden; era, pues, preciso atacarle en aquella temible guarida, donde su serenidad y su firmeza iban á tener por único contrario la inexperiencia del archiduque lastimosamente alucinado con su primer triunfo.

Hemos dicho que atraviesan aquel bosque dos caminos, el uno por la derecha, cayendo directamente sobre el Inn por Ebersberg y Wasserburgo, y el otro por la izquierda, pasando por Hohenlinden, Mattenboett, Haag y Ampfing, y juntándose con el Inn en Muhlendorf después de un rodeo. Por este último camino se dirigían los austriacos en masa, siguiendo unos el desfiladero que forma por entre la selva, subiendo otros trabajosamente la corriente arriba de los riachuelos que daban acceso sobre el flanco de nuestra posición. Pe-

netróse Moreau inmediatamente de aquella situación, y se le ocurrió el pensamiento, que tan provechoso le fué, de dejar empeñarse en la selva á los austriacos combatidos ya por su izquierda, y después, cuando estuviesen ya bien internados en ella, traer su centro del camino de Ebersberg al camino de Hohenlinden, y sorprenderlos y destruirlos en aquel matadero. En este sentido dió sus disposiciones.

El camino de la izquierda de Hohenlinden que habían escogido los austriacos después de dejar las orillas del Inn y trepar á las alturas de Ampfing, recorría hasta Mattenboett unas laderas alternativamente selváticas y despobladas, se internaba después en un espeso bosque hasta Hohenlinden y formaba allí un largo desfiladero coronado de altos abetos. Aclarábase la selva repentinamente al llegar á Hohenlinden; á derecha é izquierda del camino se extendía una pequeña llanura rasa y sembrada de caseríos, y en el medio se alzaba el pueblo de Hohenlinden y la parada de postas. Este era el punto por donde debía asomar el ejército austriaco, así la columna principal internada en el desfiladero de la selva, como los destacamentos que subían contra la corriente del Isen, para desembocar por diversas salidas sobre la izquierda de nuestra posición.

Indicaremos algunas de las principales disposiciones que adoptó Moreau respecto de sus tropas.

Desplegó Moreau en la pequeña llanura de Hohenlinden su ala izquierda al mando de Grenier, además la división Grandjeán separada ya del centro, y por último, todas las reservas de artillería y caballería.

Colocó á la derecha del camino y del pueblo de Hohenlinden á la división de Grandjeán mandada aquel día por el general Grouchy, y á la izquierda á la división Ney, y más á la izquierda todavía, á la vera del bosque y al principio de los caminos por donde debían llegar las columnas austriacas que subían el valle del Isen, á las divisiones de Legrand y de Bastoul, una y otra formadas delante de las aldeas de Preisendorf y de Hartshofen. Las reservas de artillería y caballería estaban á retaguardia de estas cuatro divisiones de infantería, tendidas en medio de la llanura. El centro, reducido á las dos divisiones de Richepanse y de Decaén, estaba á unas cuantas leguas de allí, en el camino de la derecha, en las cercanías de Ebersberg. Despachó Moreau á estas dos divisiones la orden, un tanto vaga en sus términos, pero positiva, de pasar del camino de la derecha al de la izquierda, de llegar hasta las cercanías de Mattenboett, y de sorprender allí al ejército austriaco empeñado en la selva. Era dicha orden, según acabamos de indicar, incierta, oscura, poco detallada, y muy poco parecida á las que solía dar el general Bonaparte; no indicaba el camino que había de seguirse, no prevenía ninguno de los accidentes posibles; lo abandonaba todo al natural discurso de los generales Decaén y Richepanse; y no porque á éstos no pudiera fiarse el cuidado de suplir las reticencias del general en jefe. Prescribió Moreau además á Lecourbe, que formaba su derecha hacia el Tirol, y al general Sainte-Suzanne, que comandaba su izquierda hacia el Danubio, acercarse con toda celeridad al lugar que había de ser teatro decisivo de la campaña. Pero hallábase el uno distante quince leguas por lo menos, el otro veinticinco, y por consiguiente los tenía á ambos fuera de alcance. No obraba así ciertamente el

general Bonaparte la víspera de sus grandes batallas; no dejaba él en tan críticos momentos la mitad de sus fuerzas desviada á tales distancias; pero para reunir á tiempo en el punto en que se decide la suerte de la guerra todas las partes de un ejército numeroso se necesita una previsión superior, propia sólo de los grandes genios, sin que obste el carácter de ella para ser un buen general. Iba Moreau á combatir con menos de sesenta mil franceses contra poco menos de setenta mil austriacos: aunque con la clase de tropa, que formaba á la sazón nuestras legiones, teníamos para el caso fuerza sobrada.

El archiduque Juan, ignorante de todo aquello, estaba infatuado con su triunfo del 1.º de diciembre (10 frimario). Era aún casi mancebo, y había visto retroceder á su presencia al formidable ejército del Rin que hacía ya muchos años no tenían los generales austriacos arte bastante para contener. Descansó el 2 de diciembre (11 frimario), lo cual dió tiempo á Moreau para tomar las disposiciones que acabamos de referir, y se dispuso á atravesar en todo el día 3 de diciembre (12 frimario) la dilatada selva de Hohenlinden. No se figuraba este general, novicio en su profesión, que pudiera el ejército francés oponerle la menor resistencia en el camino que iba á recorrer. Creía todo lo más encontrarle más allá de Munich...

Dividió su ejército en cuatro cuerpos. El del centro y principal, compuesto de la reserva de los granaderos húngaros, de los bávaros, de la mayor parte de la caballería, de los bagajes y de cien piezas de artillería, debía seguir el camino real desde Mulhdorf á Hohenlinden, atravesar el desfiladero que forma éste cruzando la selva, y desembocar después en la reducida llanura de Hohenlinden. El general Riesch, que había pasado el Inn en Kraiburgo el 1.º de diciembre con unos doce mil hombres, debía flanquear el centro y desembocar en la llanura rasa de Hohenlinden á izquierda de los austriacos, y á derecha de los franceses. Al otro extremo de este campo de batalla, los cuerpos de Baille-Latour y de Kienmayer, ya bastante internados en el valle de Isen, debían continuar subiéndole, y desembocar á cierta distancia uno de otro, el primero por Isen sobre Kronáker y Preisendorf, y el segundo por Lendorf sobre Harthofen, ambos en la llanura despoblada de Hohenlinden. Tenía orden de no perder tiempo, dejando rezagada, si era preciso, su artillería, pues el cuerpo del centro traía un considerable tren por la calzada principal, y llevar sólo el bagaje necesario para el rancho del soldado.

De este modo marchando los cuatro cuerpos del ejército austriaco á gran distancia unos de otros por aquella enmarañada selva, ocupando uno solo, que era el del centro, un gran camino de herradura, y los otros tres los senderos exclusivamente destinados á la corta del monte, debían reunirse en el llano raso que se extendía entre Hohenlinden y Harthofen, exponiéndose á no llegar á un mismo tiempo, y á tener en su tránsito varios encuentros imprevistos. Después de reunidos los bávaros con los austriacos, ascendía el ejército del archiduque á setenta mil combatientes.

El 3 de diciembre de madrugada estaban ya los franceses tendidos entre Hohenlinden y Harthofen. Moreau estaba á caballo desde antes de rayar el día á la cabeza de su estado mayor, y algo más distantes Richepanse y

Decaén ejecutaban el movimiento que les estaba mandado, del camino de Ebersberg al de Hohenlinden.

Los cuatro cuerpos austriacos avanzaban por su lado simultáneamente cada cual con la posible premura, sabedores de lo mucho que importa aprovechar el tiempo, ya sea para caminar, ó ya para combatir en una estación en que es tan corto el día. Obscurecía el aire una espesa nevada, y hacía que no pudieran distinguirse los objetos á la menor distancia. Penetró el archiduque Juan á la cabeza del centro por el desfiladero de la selva que va desde Mattenboett á Hohenlinden, y casi le atravesó antes que el general Riesch por su izquierda, y los generales Baille-Latour y Kienmayer por su derecha hubiesen podido llegar al campo de batalla, detenidos á cada paso en los intransitables caminos por donde iban. Asomó, por fin, el príncipe mancebo á la orilla del bosque, frente por frente á las dos divisiones de Grandjeán y de Ney formadas en batalla delante del pueblo de Hohenlinden. La media brigada 108.ª de la división de Grandjeán estaba tendida con las 46.ª y 57.ª sobre sus alas formadas en columna cerrada. Apoyábanla á retaguardia el 4.º de húsares y el 6.º de línea. Comenzó por una y otra parte un violento fuego de artillería; los austriacos cierran con la 108.ª que les resiste á pie firme, y hacen desfilar, atravesando el bosque, ocho batallones de granaderos húngaros para envolverla por la derecha. Entonces los generales Grouchy y Grandjeán acuden con la 46.ª á socorrer á la 108.ª, que estaba ya un tanto desparramada y principiaba á perder terreno. Penetran en el bosque y empuñase una encarnizada refriega en que los franceses luchan casi cuerpo á cuerpo entre los árboles y matorrales con los granaderos húngaros; interínase más todavía un batallón de la 57.ª, se adelanta á los húngaros, y los obliga á refugiarse en lo más enmarañado de la selva. Queda la victoria del lado de Grandjeán, é imposibilita á la columna austriaca extenderse en la llanura de Hohenlinden.

Después de un breve descanso dirige el archiduque Juan contra Hohenlinden y contra la división de Grandjeán un nuevo ataque que fué resistido como el primero. En este instante comenzaron á divisarse por el lado de Kronáker las tropas austriacas de Baille-Latour que asomaban á nuestra izquierda por la orilla del bosque, prontas á desembocar en la llanura de Hohenlinden; y se las podía ver claramente, por cuanto la nevada había cesado algunos instantes. Pero no estaban aún en disposición de obrar, y por otra parte las divisiones de Bastoul y de Legrand se preparaban á recibirles. Adviértese de repente una especie de agitación y á modo de oleadas en las tropas austriacas del centro que no habían podido salir fuera del desfiladero del bosque, y parecía como si hubiera ocurrido algo de extraordinario á sus espaldas. Moreau entonces con una sagacidad que honra sobre manera su militar pericia, percibe aquello y dice á Ney: «Este es el momento de atacar; Richepanse y Decaén deben estar sobre la retaguardia de los austriacos.» Manda inmediatamente á las divisiones de Ney y de Grandjeán que estaban á derecha é izquierda de Hohenlinden formar en columnas de ataque, cargar á los austriacos colocados á la vera del bosque y atropellarlos en aquel largo desfiladero, donde hasta entonces habían permanecido encerrados. Atácalos Ney por el frente, Grouchy con la división de Grandjeán cae so-

bre su flanco, y ambos los repelen impetuosamente en aquella garganta donde se amontonan confusamente con su artillería y su caballería.

En aquel instante mismo ocurrían en Mattenboett, al otro extremo del desfiladero, los acontecimientos que Moreau había previsto y preparado. Richepanse y Decaén, obedeciendo las órdenes que habían recibido del general en jefe, se habían ido replegando desde el camino de Ebersberg al de Hohenlinden. Richepanse, que era el más próximo de Mattenboett, se había puesto en marcha sin esperar á Decaén é internándose atrevidamente en aquella comarca enmarañada, quebrada y pantanosa que separaba los dos caminos, continuando su marcha mientras se peleaba en Hohenlinden, y haciendo inauditos esfuerzos en arrastrar por aquellas asperezas encharcadas seis piezas de pequeño calibre. Había ya atravesado con facilidad el pueblo de San Cristóbal cuando llegó á él el cuerpo del general Riesch destinado á flanquear el centro de los austriacos; pero al salir del pueblo llevó una sola brigada, y dejó la 2.ª, que comandaba Drouet, empeñada con el enemigo. Richepanse, contando con Decaén para auxiliar á la brigada de Drouet, se encaminó sin perder un momento á Mattenboett, donde su instinto militar le decía que había de resolverse definitivamente la contienda. Aun cuando no le quedaban más que dos medias brigadas de infantería, la 8.ª y la 48.ª, un solo regimiento de caballería, el 1.º de cazadores, y seis bocas de fuego, que entre todos componían unos seis mil hombres, continuó su movimiento arrastrando á brazo su artillería, que casi siempre rodaba entre lodazales. Llegado á Mattenboett, al otro extremo del desfiladero de la selva, cuya entrada, según acabamos de decir, había atacado Ney, encontró un pelotón de coraceros que estaban pie á tierra con sus caballos del diestro, y arrojándose sobre ellos los hizo prisioneros. Desplegándose después en el corto trecho de llanura rasa que rodea á Mattenboett, forma la 8.ª á su derecha y la 48.ª á la izquierda, y envía al 1.º de cazadores contra ocho escuadrones de caballería que se habían formado al verle, con intento de cargar sobre él. El 1.º de cazadores, después de una violenta carga, ceja y se repliega detrás de la 8.ª media brigada; cala ésta bayoneta y detiene el ímpetu de la caballería austriaca. La situación de Richepanse fué crítica en este momento; habiendo dejado su segunda brigada rezagada para hacer frente al cuerpo de Riesch, y viéndose ahora envuelto por todas partes, juzgó que no debía dar tiempo á los austriacos para que se enterasen de la debilidad de las fuerzas; encarga, por lo tanto, al general Wálther que con la 8.ª media brigada y el 1.º de cazadores contenga á la retaguardia enemiga que se disponía á combatir, mientras él con sólo la 48.ª se repliega por la izquierda y toma la resolución atrevida de internarse en pos de los austriacos por el desfiladero de la selva. Esta resolución, aunque azarosa, era tan sensata como heroica; porque la columna del archiduque, engolfada en el desfiladero, debía tener contra su cabeza todo el grueso del ejército francés, y arrojándose desesperadamente á retaguardia, era muy probable producir en ella una gran confusión y conseguir resultados considerables. Forma al punto Richepanse la 48.ª en columnas, y penetrando en el bosque con espada en mano en medio de sus granaderos, arrostra sin vacilar un fuego violento de metra-

lla y cierra después con los dos batallones húngaros que acuden para atajarle. En vano esfuerza la voz y el ademán para alentar con su ejemplo á sus valientes soldados, pues no lo necesitaban éstos. «¡Nuestros son, nuestros son, gritaban; sigamos adelante!» Avanzan, en efecto, y arrollan á los batallones húngaros que se les ponen delante. Encuentran luego gran número de bagajes, un tren considerable y nuevas fuerzas de infantería todo revuelto y arremolinado en medio del bosque, y el aspecto de Richepanse y de sus granaderos causan en aquella muchedumbre un terror pánico indecible que se resuelve en el más espantoso desorden. Oye al mismo punto una confusa gritería al otro extremo del desfiladero, y descubre adelantando que le ocupan los franceses. Ney, en efecto, partiendo de Hohenlinden, había penetrado por su embocadura, arrollando por el frente á la columna austriaca que Richepanse arrollaba por la retaguardia.

Juntáronse Ney y Richepanse, reconocieron y se abrazaron ebrios de júbilo en vista de tan venturoso triunfo. Cierran los franceses por todas partes con los austriacos, que huyendo dispersos por el bosque, se arrojan para salvar la vida á los pies del vencedor; quedan muchos miles prisioneros y en nuestro poder toda su artillería y bagajes. Richepanse dejando á Ney el cuidado de recoger aquellos trofeos, vuelve á Mattenboett, donde dejó al general Wálther con una media brigada y un solo regimiento de caballería. Encuentra á este valiente general atravesado de un balazo, llevado en brazos de sus soldados, pero olvidado de sus sufrimientos y con el semblante rebosando júbilo por la persuasión de haber contribuido á una maniobra decisiva. Libértale Richepanse, y vuelve á San Cristóbal, donde había dejado á la brigada de Drouet sola luchando con las tropas de Riesch. Pero en esta feliz jornada todas sus previsiones salieron cumplidas: el general Decaén había llegado á tiempo, había libertado á la brigada de Drouet y repelido el cuerpo de Riesch después de hacerle muchos prisioneros.

Era ya mediodía; el centro del ejército austriaco envuelto por los franceses había quedado aniquilado, y la izquierda mandada por el general Riesch, que había llegado demasiado tarde para detener á Richepanse, sorprendida por Decaén, y repelida sobre el Inn, iba de retirada, después de haber sufrido pérdidas considerables. Con tales ventajas sobre el centro y la izquierda de los austriacos, el éxito de la jornada no podía ser ya dudoso.

Entretanto las divisiones de Bastoul y de Legrand, situadas á la izquierda del llano descampado de Hohenlinden, fueron acometidas por la infantería de los generales Baille-Latour y Kienmayer. No era en verdad poco apurado el trance para aquellas divisiones, porque además de ser muy inferiores en número al enemigo, tenían la desventaja del lugar, porque la entrada de los barrancos cubiertos de vegetación, por donde los austriacos desembocaban en el campo raso de Hohenlinden, dominaba un tanto aquel punto descampado, y permitía flanquearle con fuegos perpendiculares. Pero los generales Bastoul y Legrand á las órdenes del general Grenier se sostenían vigorosamente, auxiliados por la intrepidez de sus valientes soldados. Por otra parte, afortunadamente la reserva de caballería de Haut-

poul y la 2.^a brigada de Ney, por no haber éste entrado en el desfiladero sino con una sola, estaban allí para apoyarlos.

Las dos divisiones francesas, agobiadas en un principio por el número, cejaron algún tanto. Abandonando la orilla del bosque se replegaron en la llanura, pero hicieronlo con singular serenidad y concierto, alardeando á la vez ante el enemigo de heroica firmeza. Dos medias brigadas de la división de Legrand, la 51.^a y la 42.^a, que habían ido la vuelta de Harthofen, tenían que combatir á la infantería austriaca de Kienmayer y además á una división de caballería agregada al mismo cuerpo. Unas veces haciendo nutridas descargas contra la infantería, otras recibiendo á la bayoneta á los jinetes, oponían á todos los ataques una resistencia invencible. Pero Grenier, sabedor en aquel momento del triunfo alcanzado en el centro, forma la división de Legrand en columnas, la hace apoyar con las cargas de caballería de Hautpoul, y repele al cuerpo de Kienmayer hasta la orilla del bosque. Por su lado el general Bonnet con una brigada de la división de Bastoul cierra contra los austriacos, y los precipita al valle, de donde intentaron salir. Al mismo tiempo caen sobre Baille-Latour los granaderos de la brigada de Jola, que era la segunda de Ney, y le obligan á retroceder. Cunde el impulso de la victoria entre aquellas valientes tropas, y redoblan éstas su ardor y sus esfuerzos. Precipitan finalmente los dos cuerpos de Baille-Latour y de Kienmayer, el uno sobre Isen, y el otro sobre Lendorf, en aquel terreno bajo y áspero de donde habían en vano intentado salir para apoderarse de la mesa de Hohenlinden.

Vuelve Moreau en aquel instante del fondo de la selva con un destacamento de la división de Grandjeán, con objeto de socorrer á su izquierda tan impetuosamente embestida, y encuentra allí, como en todos los demás puntos, á sus soldados vencedores entregados á la mayor alegría y felicitando á su general por tan señalado triunfo. La acción en efecto fué gloriosa. El ejército austriaco se veía aún más embarazado para salir del bosque que se vió para entrar en él; divisábanse por doquiera destacamentos suyos dispersos, que no sabiendo donde huir, caían en manos del ejército victorioso y le rendían sus armas. Eran ya las cinco de la tarde, cubría la noche con sus sombras el campo de batalla. Entre muertos y heridos perdió el enemigo de siete á ocho mil hombres. Dejó doce mil prisioneros, perdió trescientos carros y ochenta y siete cañones (1); resultados poco frecuentes en la guerra. Perdió, pues, el ejército austriaco en un solo día cerca de veinte mil soldados, casi toda su artillería, sus bagajes, y lo que era aún más importante, toda su fuerza moral y sus alientos.

Esta batalla es la más gloriosa que ganó Moreau, y seguramente una de las más grandes de este siglo tan fecundo en hechos de armas extraordinarios. Hase repetido sin asomo de razón que el vencedor de Marengo no fué el general Bonaparte, sino el general Kéllermann;

(1) Según el parte de la batalla de Hohenlinden, escrito por el mismo Moreau, que tenemos á la vista, exagera Mr. Thiers el número de los trofeos del francés. — «Hemos tomado, dice el general en jefe, cerca de ochenta cañones y unos doscientos carros; hemos hecho diez mil prisioneros, entre ellos muchos oficiales subalternos y tres generales.»

(N. del T.)

pues con algún más fundamento pudiéramos decir ahora que el vencedor de Hohenlinden no fué Moreau, sino el general Richepanse; porque éste fué el que de una orden incierta y vaga sacó en aquella jornada la más acertada y completa maniobra. Pero esta aserción, aunque menos injusta que la primera, no sería tampoco justa; dejemos á cada cual la gloria de sus propios hechos, y no imitemos los mezquinos empeños de la envidia que busca siempre objetos de admiración y culto distantes del objeto verdadero.

Moreau, adelantándose á lo largo del Inn, desde Kufstein hasta Muhldorf, sin haber escogido un punto fijo de ataque y sin haber reconcentrado en él todas sus fuerzas para hacer sólo en las demás partes meros amagos, había expuesto y desamparado su ala izquierda en la jornada de 1.^o de diciembre. Pero aquella no era más que una ventaja momentánea concedida al enemigo, y retirándose á lo interior del enmarañado laberinto de Hohenlinden, llamando allí á los austriacos, replegando oportunamente su centro sobre su izquierda de Ebersberg hacia Mattenboett, ejecutó una de las maniobras más afortunadas conocidas en la historia de la guerra. Se ha dicho que Richepanse marchó sin recibir órdenes (2), lo cual es inexacto; diéronsele según dejamos referido, aunque eran harto vagas y poco detalladas. Nada de lo que podía acontecer se había previsto en ella; Moreau se limitó á mandar á Richepanse y á Decaén que retrocediesen de Ebersberg hacia San Cristóbal, sin designar camino, y sin prever la aparición del cuerpo de Riesch ni ninguno de los accidentes posibles y aun probables que podrían ocurrir en medio de aquel bosque lleno de enemigos. A no haber sido Richepanse tan denodado y valeroso, al par que oficial entendido, hubiera podido Moreau sufrir un revés donde celebraba ahora un triunfo, pero la fortuna entra siempre por mucho en las empresas militares. Podrá decirse, si se quiere, que fué en la presente visible y declarada y aun mucho más que de costumbre.

Se ha culpado á Moreau de haber dejado tres divisiones al mando de Sainte-Suzanne en el Danubio, y otras tres con Lecourbe en el Inn superior, mientras él peleaba con seis divisiones contra doce, exponiendo á su ala izquierda, mandada por Grenier, á combatir con la desproporción de uno contra dos. Esta censura es en verdad más grave y también más merecida; pero no tratemos de rebajar tan señalado triunfo, y reconozcamos, para ser justos, que en las obras más acabadas de los hombres nunca faltan lunares, y que en las más memorables victorias se cometen siempre yerros que la fortuna subsana y que es casi indispensable admitirlos como acompañantes ordinarios de todos los grandes hechos guerreros.

Después de esta importante victoria, convenía perseguir sin descanso al ejército austriaco, marchar sobre Viena, derribar adelantando las barreras del Tirol, y ocasionar de este modo un movimiento retrógrado en toda la línea de los austriacos desde la Baviera hasta la Italia, porque la retirada de las tropas del Inn haría indispensable la retirada de las del Tirol, y la de estas últimas inevitable el desamparo del Mincio. Pero para

(2) Dijo lo Napoleón equivocadamente en Santa Elena. — Existe dicha orden original, é impresa además en el *Memorial de guerra*.

(N. del T.)

obtener todos estos resultados, había que forzar el Inn primero, y después el Salza, que con él confluye y forma otra línea que hay que atravesar salvada la primera. Todo podía esperarse por ahora del irresistible ímpetu que acababa de comunicar á nuestro ejército la memorable jornada de Hohenlinden.

No bien dió á sus tropas breve descanso, dirigió Moreau su ala izquierda y una parte de su centro por el camino de Muhldorf amagando á un mismo tiempo á los puentes de Kraiburgo, Muhldorf y Braunau, para convencer al enemigo de que su intento era atravesar el Inn por su curso inferior. Pero Lecourbe, que algunos meses antes había pasado el Danubio con tanta gloria en la jornada de Hochstett, estaba á la sazón encargado de pasar el Inn con el ala derecha por las inmediaciones de Rosenheim; descubrió este general un paraje llamado Neubeurn, donde la orilla derecha, que nosotros ocupábamos, dominaba la orilla izquierda ocupada por el enemigo, y donde por consiguiente podíamos colocar ventajosamente nuestra artillería para proteger el paso. Aprobada la idea, se procedió á su ejecución; perdiéronse desgraciadamente varios días en reunir el material necesario, y sólo el 9 de diciembre de madrugada, seis días después de la gran batalla de Hohenlinden, pudo Lecourbe comenzar su maniobra.

Moreau había dirigido repentinamente su ejército otra vez sobre el Inn superior. Las tres divisiones del centro se habían encaminado desde Wasserburgo hacia Aibling, á corta distancia de Rosenheim, disponiéndose á socorrer á Lecourbe. Habíalas reemplazado el ala izquierda en sus posiciones, y se había enviado á Erding más allá del Isar al general Collaud con dos divisiones del cuerpo de Sainte-Suzanne.

En la madrugada del día 9 de diciembre (18 frimario), comenzó Lecourbe los preparativos del paso por delante de Neubeurn; la división de Montrichard era la primera que debía atravesar el Inn. Situó el general Lemaire en las eminencias de la orilla derecha una batería de veintiocho piezas, con las cuales barrió toda la orilla izquierda. Hacia aquella parte del Inn sólo andaba el cuerpo de Condé, harto débil para oponer una resistencia formal. Después de haber aventado con un cañoneo continuo á todos los destacamentos enemigos, se arrojaron los pontoneros á sus barcas, seguidos de unos cuantos batallones escogidos, destinados á proteger sus trabajos. Quedó construido el puente en menos de tres horas, y empezó á desembocar por él la división de Montrichard; adelantóse contra los austriacos que se pusieron en cobro, y descendieron por la orilla derecha del Inn hasta situarse enfrente de Rosenheim. Tomaron una posición formidable en Stephanskirchen; durante este movimiento, las divisiones del centro situadas frente por frente á Rosenheim habían hecho grandes esfuerzos para estorbar que los austriacos destruyesen del todo el puente de esta ciudad; pero no pudiendo conseguirlo, subieron por el Inn arriba y le atravesaron en Neubeurn para proteger á Lecourbe. El cuerpo de Condé, reforzado con algunas tropas de refresco, se apoyaba por un lado al puente destruido de Rosenheim, y por el otro al pequeño lago de Chiem-Sée; dispuso Lecourbe rodear este lago con un destacamento, y obligó al enemigo á retirarse, después de una resistencia poco enconada.

Quedaba, pues, atravesado el Inn y vencido el formidable obstáculo, contra el cual suponían había de estrellarse el ejército francés. Lecourbe con aquella operación acababa de conquistar un nuevo lauro en la campaña de invierno. Continuó la marcha sin entibiarse el ardor; á la mañana siguiente quedó echado otro puente delante de Rosenheim, para que pasase el resto del centro, y Grenier con la izquierda atravesó el Inn por los puentes de Wasserburgo y Muhldorf, que abandonó el enemigo sin cortarlos.

Convenía repeler con toda premura á los austriacos hasta las orillas del Salza, que corre detrás del Inn, y se junta con este río algo más arriba de Braunau. El Salza es una especie de ramal del mismo Inn; así es que cuando se trata de atravesar este último cerca de las montañas, hay que atravesarle en cierto modo dos veces, al paso que cruzándolo en las cercanías de Braunau después de su confluencia con el Salza, no hay que verificar más que un solo paso. El único inconveniente está en el caudal de sus aguas, que por ser entonces mucho mayor, aumenta proporcionalmente el peligro de atravesarle á viva fuerza. Este motivo, y el deseo de sorprender al enemigo que no se esperaba ver á los franceses tentar el paso por más arriba de Rosenheim, decidieron la elección de Moreau.

Lecourbe, apoyado con las divisiones del centro, se adelantó rápidamente á pesar de cuantas dificultades le ofrecía aquel país montuoso, selvático y cortado escabrosamente por lagos, selvas y ríos, tan intransitable en todo tiempo, pero más particularmente á mediados de diciembre. El ejército austriaco manteníase aún firme á pesar de los muchos reveses sufridos, y el instinto del honor, aguijoneado por el peligro que amagaba á la capital, le hacía empeñarse aún en nobles esfuerzos para contenerlo. Cubría la retirada la caballería austriaca, cargando con ímpetu sobre los cuerpos franceses que avanzaban con demasiada temeridad. Se pasó el Alz, que lleva al Inn las aguas del lago de Chiem-Sée; se atravesó á Traunstein, y se llegó por fin cerca del Salza 100 lejos de Salzburgo.

Delante del mismo Salzburgo había una fuerte posición que convenía ocupar; creyó el archiduque Juan poder reconcentrar en ella sus fuerzas, esperando proporcionar á éstas un triunfo que le hiciese recuperar el perdido aliento, deteniendo un tanto la arrojada persecución de los franceses, y redujose efectivamente á ella el 13 de diciembre (22 frimario).

La ciudad de Salzburgo se halla situada sobre el Salza; por delante de este río corre otro riachuelo llamado el Saal, que baja de las montañas vecinas y va á reunirse con el Salza más abajo de Salzburgo. El terreno que entre ambas corrientes se extiende es llano, pantanoso y cubierto de matorrales de muy difícil acceso. Allí fué donde se acampó el archiduque Juan con la derecha en el Salza, la izquierda en las montañas y el frente protegido por el Saal. Dominaba su artillería todo aquel llano; su caballería formada en los parajes descampados y enjutos del terreno, estaba dispuesta á cargar á los cuerpos franceses que se atrevieran á tomar la ofensiva; su infantería estaba fuertemente apoyada en la misma ciudad de Salzburgo.

El 14 de madrugada, arrebatado Lecourbe por su generoso ardimiento, vadeó el Saal, sufrió varias cargas